

Las percepciones de la desigualdad en Chile

Manuel Antonio Garretón

Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Chile, Departamento de Sociología
magarret@uchile.cl

Guillermo Cumsille

DIAGNOS
diagnos@interactiva.cl

Este artículo presenta los principales resultados y reflexiones del estudio realizado por los autores en un proyecto conjunto del Departamento de Sociología de la Universidad de Chile, del que ambos son profesores, con la Unidad de Estudios Prospectivos de Mideplan entre 1999 y 2000. Dicho estudio se planteaba realizar un diagnóstico sobre "las percepciones de la población acerca de las causas, dimensiones, consecuencias y responsabilidades de los distintos actores sociales con respecto a la desigualdad, a partir del cual derivar pautas de acción hacia el futuro". Vale la pena recordar que estamos hablando de un estudio de percepciones y valoraciones y no de un estudio estructural, por lo que todas las conclusiones se refieren al modo como la gente ve las cosas y no a como éstas se dan "objetivamente".¹

En una primera parte presentaremos una síntesis de los resultados y luego haremos una reflexión sobre ellos en el contexto del debate de los últimos años sobre el tema de la desigualdad.

1. ¿QUÉ PIENSAN LOS CHILENOS DE LA IGUALDAD Y LA DESIGUALDAD?

Los principales resultados de la investigación pueden sintetizarse como sigue.

1.1 La desigualdad es un fenómeno que erosiona el principal valor de la sociedad chilena, que es la solidaridad

Según el estudio cuantitativo, la desigualdad es un mal que afecta a toda la sociedad (63 por ciento), que tenderá a existir siempre, pero no como algo natural sino por causas humanas y de la sociedad, siendo su efecto principal la destrucción de la solidaridad ("es antisolidaria", 65 por ciento). Ello es especialmente significativo cuando la principal característica positiva de Chile es ser "un país solidario" (48 por ciento). La desigualdad es vista también como un riesgo para la democracia (56 por ciento), en un país al que sólo un 16 por ciento definiría como muy democrático y más de tres cuartas partes definiría como algo, poco o nada democrático. Un porcentaje muy bajo (22 por ciento) ve la desigualdad como algo beneficioso, en la medida en que impulsaría a los de abajo a superarse. La mitad de los encuestados considera que las posibilidades para todos de progresar en la vida se dan en poco o ningún grado, y cerca de tres cuartas partes considera que en realidad en Chile no todos son iguales ante la ley.

La visión general del país refuerza una idea de una sociedad que, en sus estructuras y valores, consagra y favorece la desigualdad. Así, el clasismo y el individualismo definen las principales características de Chile: más del 60 por ciento considera a Chile "muy clasista", 56 por ciento lo considera "muy

¹ El estudio se realizó en dos fases, una cuantitativa, con una encuesta a una muestra de 1.200 casos, y una cualitativa a través de 12 grupos focales. En ambos casos, el universo desde el cual se obtuvieron las muestras estuvo compuesto por la población urbana de 15 años y más de Santiago, Valparaíso y Concepción, de ambos sexos, distintos rangos etarios. La muestra del estudio cuantitativo es representativa del 40,2 por ciento de los habitantes de 15 años y más del país, con un 95 por ciento de confianza y un margen de error de 2,8 por ciento. La descripción de la investigación y sus resultados se encuentran en la publicación de la Unidad de Estudios Prospectivos, Mideplan, "Percepciones culturales de la desigualdad" (Santiago, noviembre 2000), en la que nos hemos basado en este trabajo.

individualista", 47 por ciento considera que Chile es "muy solidario", solamente una quinta parte considera que es un país "muy tolerante" y 16 por ciento considera que es "muy democrático".

El estudio cualitativo refuerza la percepción de que la desigualdad es un fenómeno recurrente y polifacético, en general asociado a pobreza, desigual distribución de las oportunidades e intolerancia, donde los factores culturales y educacionales juegan un rol muy significativo. Los jóvenes de nivel socioeconómico bajo ven la desigualdad como injusticia social y como abuso de poder, lo que provoca impotencia y frustración. Los jóvenes de nivel socioeconómico medio enfatizan el aspecto inequidad en el acceso a las oportunidades, y la discriminación e intolerancia como factores de desigualdad, lo que provoca, sobre todo, angustia. Los jóvenes de nivel socioeconómico alto ven la desigualdad como desequilibrio en la distribución de recursos. Las mujeres, compartiendo muchas de las visiones de los otros grupos, enfatizan la desigualdad entre los géneros y de orden cultural; sus sentimientos son, sobre todo, de resentimiento. Los adultos pobres enfatizan la insuperabilidad de la desigualdad en nuestra sociedad; los de nivel medio, la existencia y diferencia de clases sociales; y los de nivel alto son los únicos en los que se da un discurso en que también se enfatizan las diferencias como de origen natural. En los adultos mayores predomina una visión de resignación.

Las consecuencias de la desigualdad son, en la sociedad, la desunión del país o crisis de comunidad, lo que es enteramente concordante con los datos de la encuesta; y en los individuos, pobreza espiritual, frustración y angustia.

1.2 Las desigualdades se dan en todos los campos y se expresan en el carácter clasista del país, siendo sus dimensiones principales la socioeconómica, la educacional y la ciudadana o cívica

Según el estudio cuantitativo, lo primero que se viene a la mente al hablar de desigualdad es la diferencia de acceso a la justicia, salud y educación (33 por ciento) y la diferencia de ingresos (31 por ciento). Si se agregan otras desigualdades, como las étnicas, las de género, la discriminación contra ciertos grupos, más del 80 por ciento conceptualiza el problema en términos de relaciones desiguales en la sociedad, y sólo un 17 por ciento ve el problema en términos de falta de oportunidades individuales. Asimismo, llama la atención, en comparación con otras épocas, la poca importancia que se da a las desigualdades provenientes del capital, patrimonio o propiedad.

Las mayores desigualdades se encuentran en el plano ciudadano o sociopolítico ("personas con poder y sin poder", 87 por ciento), lo que se ve reforzado en el estudio cualitativo; y en el plano socioeducacional ("los que tienen título y los que no lo tienen", 80 por ciento). Las desigualdades entre hombres y mujeres, entre católicos y no católicos, entre familias bien o mal constituidas son percibidas como menores, aunque en algún caso los porcentajes sean superiores al 50 por ciento.

Las peores desigualdades son las de ingreso (34 por ciento), educación (30 por ciento), ante la justicia (25 por ciento), y las de oportunidades, 'pitutos', condiciones de trabajo, étnicas, ante la ley (entre 17 y 18 por ciento cada una), lo que hemos llamado igualdades ciudadanas. Las menos legítimas son estas últimas: 'pitutos' y desigualdad ante la ley y la justicia. Pero, en todo caso, toda desigualdad en cualquier ámbito tiene un muy bajo nivel de legitimidad, y las que alcanzan un grado mayor son las que se refieren más a diversidad que a desigualdad.

Las desigualdades que provocan mayor rencor son las socioeconómicas: ingreso (35 por ciento) y condiciones de trabajo (25 por ciento); las ciudadanas: 'pitutos' (26 por ciento), ante la justicia (23 por ciento), ante la ley (16 por ciento); y la desigualdad de educación (27 por ciento).

El estudio cualitativo muestra una visión en que el trabajo, los recursos económicos y las clases sociales son los principales factores que permiten distinguir desigualdades, las que se expresarían en diferente acceso a oportunidades y en una polaridad poderosos-débiles. Las desigualdades en el mundo del trabajo (empresarios y trabajadores, jefes y subalternos, empleados y patrones) están en general asociadas a las desigualdades en la educación. Estos elementos se vinculan a una conceptualización en términos de clases sociales, lo que es perfectamente coherente con la encuesta que revelaba, como hemos dicho, que la categoría en la que había mayor consenso para definir a Chile era la de "muy clasista". La definición de clase social expresa matices según los diversos sectores estudiados: los jóvenes populares ven las diferentes clases sociales como expresiones de discriminación a partir del origen familiar y de la apariencia, en tanto otros sectores jóvenes asimilan el clasismo con el racismo y

discriminación de las categorías étnicas, especialmente la mapuche. Otros incluso señalan que las actividades sociales de tipo deportivo están atravesadas por las pertenencias de clase (especialmente, por ejemplo, Colo-Colo y Universidad Católica).

Junto a las desigualdades de nivel socioeconómico, trabajo o educación y clases, hay otras desigualdades que también están presentes en el estudio cuantitativo, aunque con menor importancia que las mencionadas más arriba: las que provocan los requisitos de pertenencia y ascenso dentro de determinadas instituciones, como la Iglesia; las que provienen de las opciones sexuales; las que se dan entre los que se comportan de acuerdo a las normas sociales y los que se las saltan, o entre los que pertenecen a instituciones de poder, especialmente las Fuerzas Armadas, y el resto. También son mencionadas las desigualdades de género, entre el campo y la ciudad, por edad (siendo los viejos los especialmente afectados), por orientaciones políticas y por condición física.

1.3 La desigualdad es un fenómeno estructural, pero se trata de una “fatalidad social” y no de “origen natural” ni de responsabilidad individual: su origen está en las estructuras socioeconómicas y culturales de la sociedad

Según la encuesta, la idea de que la desigualdad es algo deseado por Dios provoca el rechazo de más de tres cuartas partes de los encuestados. Asimismo, una gran mayoría (59 por ciento) rechaza que la causa de la pobreza o de la cesantía sea el poco esfuerzo de los propios pobres o la falta de voluntad de los cesantes (78 por ciento).

Por el contrario, hay un alto nivel de acuerdo en las ideas de que el desarrollo económico ha beneficiado sólo a una minoría (76 por ciento); que los valores materialistas, como el dinero y el consumo, provocan mayor desigualdad (73 por ciento), lo que implica una imputación de causalidad al modelo económico-social; o que el nacimiento en una familia rica genera ventajas imposibles de equiparar (63 por ciento).

Entre los factores causales de las diversas desigualdades, la desigualdad educacional (39 por ciento) y la de ingresos (32 por ciento) son de lejos los principales. Les siguen los ‘pitutos’ (17 por ciento) y las condiciones de trabajo (15 por ciento).

Cerca de la mitad de los encuestados considera que en Chile no existen posibilidades de progreso para todos. El no aprovechamiento de oportunidades no se debe a la incapacidad de las personas, sino a las dificultades de acceso a ellas (falta de conocimiento o de influencias o ‘pitutos’).

El estudio cualitativo muestra un predominio de la visión según la cual las desigualdades socioeconómicas y socioculturales están concatenadas, en el sentido de que independientemente de que el origen sea económico o sociocultural, las unas se instalan y reproducen en las otras. Respecto de las causas de la desigualdad, es posible distinguir cuatro discursos principales, no contradictorios entre sí, sino con énfasis distintos, todos los cuales apuntan a cuestiones históricas o estructurales: uno que hace ver el origen de las desigualdades en el modelo de desarrollo económico y en la lógica prevaleciente del mercado, que genera individualismo y desigualdad de oportunidades, lo que es activado por los medios de comunicación. El segundo busca una explicación histórica, social y política, haciendo ver toda la historia de Chile como una de conquista, jerarquización, dominación, exclusión y eliminación del otro. El tercero hace ver el origen de las desigualdades en los factores propiamente de estructura social: el ancestro u origen familiar, el color o apariencia, la clase, el estatus, el apellido. El cuarto enfatiza los aspectos propiamente culturales: la identidad discriminada, el nivel educacional y de información, la intolerancia y la falta de una ética que valore a la vez la igualdad y las diferencias culturales. Atravesando todos estos discursos está la idea de que la situación heredada por los individuos o los grupos es determinante en el destino de cada cual, como se muestra en la importancia atribuida a las influencias o ‘pitutos’.

Así, los discursos que hacen recaer la desigualdad en diferencias naturales o en capacidades individuales son muy marginales, lo que también se mostraba en el estudio cuantitativo.

1.4 Los diversos actores sociales, principalmente el Estado y los empresarios, tienen responsabilidad frente a la desigualdad

El estudio cuantitativo señala que la principal responsabilidad frente a las desigualdades la tienen el Estado (76 por ciento), el Parlamento (74 por ciento) y los empresarios (69 por ciento); y en grado mucho menor, cada persona (53 por ciento).

El estudio cualitativo establece y aclara responsabilidades específicas para estos actores, pero destaca también la importancia de la Iglesia, en contradicción con el estudio cuantitativo, en que era considerado el actor que más había hecho por la igualdad; de los medios de comunicación que responden a determinados intereses económicos, exacerbando el individualismo y competencia y fijando a los grupos postergados en una identidad y posición inamovibles; de los partidos y otras organizaciones, por perseguir sus propios intereses corporativos, discriminando contra los que no están 'dentro'. Hay, sobre todo, un escepticismo respecto de la capacidad que tengan hoy para superar las desigualdades imperantes, aquellas organizaciones (sindicatos, por ejemplo) y movimientos sociales a los que se reconoce que en el pasado estuvieron ligados a las luchas por la igualdad.

1.5 La diversidad cultural es un valor y la intolerancia y discriminación sociocultural son factores agravantes de las desigualdades

Según el estudio cuantitativo, como hemos dicho, sólo un 20 por ciento considera que Chile es un país "muy tolerante" y cerca de la mitad considera que es poco o nada tolerante. Existe especial sensibilidad respecto a la intolerancia en los colegios frente a los hijos de padres separados, y frente a las madres embarazadas, en el trabajo. La responsabilidad principal de obtener una mayor tolerancia reside en el Estado (45 por ciento) y en mucho menor grado en las personas particulares (30 por ciento) o las instituciones (20 por ciento).

El estudio cualitativo establece una estrecha relación entre discriminación, intolerancia y desigualdad, en la medida en que las dos primeras provocan la desigualdad, pero también concurren a mantenerla y reproducirla.

1.6 La superación de las desigualdades supone un rol activo del Estado —aunque reina un cierto escepticismo de que efectivamente lo asuma— en la redistribución y regulación, y en la elaboración de políticas sociales especiales para los pobres dentro del marco de políticas que favorezcan a todos

Según el estudio cuantitativo, la visión preponderante de la igualdad deseable es la posibilidad de progreso de todos sin importar las distancias entre unos y otros (63 por ciento), más que la superación de las distancias entre unos y otros (21 por ciento) o que todos tengan lo mismo (16 por ciento). Sin embargo, el hecho de que mejorar la distribución de ingresos sea la medida que se considera en primera opción como la más apropiada para disminuir la desigualdad social, muy por encima de la reducción de la pobreza (20 por ciento) o del mejoramiento de la calidad (11 por ciento) y acceso (9 por ciento) a la educación, salud y justicia, muestra que el tema de la disminución de las distancias entre unos y otros, es decir, el tema redistributivo, es tan importante como el de los instrumentos para que todos puedan progresar.

Ello lleva a la afirmación de que lo más importante que se debe repartir equitativamente sean, lejos, la educación (59 por ciento), el ingreso (54 por ciento) y, relativamente menos, la salud (40 por ciento) y la justicia (22 por ciento). En este sentido, si bien la causa principal de las desigualdades es la de ingresos, la mejor herramienta para superarlas es la educación. Vale la pena señalar, sin embargo, que alrededor de 70 por ciento considera que la mayor equidad en la calidad de la educación es importante, pero insuficiente para acabar con las desigualdades si no se atacan otras, sobre todo las económicas. De nuevo, es interesante destacar que la propiedad no figura entre las principales cosas que se deba redistribuir o repartir equitativamente.

Respecto del papel del Estado en la disminución de la desigualdad, una mayoría sustantiva opina que debe haber políticas especiales para los pobres dentro de un marco de universalidad (55 por ciento), por sobre quienes consideran que debe haber políticas iguales para todos (26 por ciento) o quienes afirman que el Estado debe preocuparse sólo de los más débiles (10 por ciento). Por otro lado, hay un papel

preponderante asignado al Estado respecto de la salud (89 por ciento) y del acceso de todos a un mínimo de subsistencia (81 por ciento).

El estudio cualitativo muestra la coexistencia de un cierto estatismo para la resolución de los problemas que afectan la igualdad, con desconfianza respecto de la voluntad y capacidad del Estado para hacerlo. La redistribución y la regulación son vistas como elementos "indispensables" para superar las desigualdades, pero del mismo modo se es escéptico respecto de que ello vaya a ocurrir.

1.7 La desigualdad en Chile no ha variado sustancialmente respecto del pasado ni tampoco variará sustancialmente en el futuro, pero la situación personal ha mejorado respecto de la generación anterior, y la de las nuevas generaciones será mejor que la de la actual

Según la encuesta, poco más de una tercera parte (35 por ciento) considera que en el Chile de hoy hay mayor desigualdad que hace treinta años, un porcentaje similar que hay menos y poco más de una quinta parte (22 por ciento) considera que existe la misma desigualdad que antes. Un 44 por ciento cree que su situación es mejor que la de sus padres, 36 por ciento cree que es igual y 15 por ciento piensa que es peor.

Respecto del futuro, sólo un 13 por ciento cree que el crecimiento económico eliminará la pobreza en veinte años, en tanto 60 por ciento cree que la distancia entre pobres y ricos se agranda, de modo que habrá más pobres en veinte años más. Cerca de tres cuartas partes (74 por ciento), sin embargo, cree que sus hijos estarán mejor que ellos mismos, 13 por ciento cree que igual y sólo 5 por ciento que estarán peor.

Es decir, no se ve al país mejorando a lo largo de la historia en materia de desigualdad, pero sí se ve una mejoría en la situación personal y familiar a lo largo de las diversas generaciones.

Esta percepción de una cierta movilidad social personal o familiar se comprueba con la información respecto de la autoidentificación subjetiva de clase, donde el único cambio significativo que no parece explicarse por fluctuaciones de muestreo es el aumento de 51 a 55 por ciento, respecto de sus padres, de quienes se identifican como clase media; y la disminución de 12 a 7 por ciento en relación con los padres, de quienes se consideran de clase popular.

El estudio cualitativo muestra un predominio del escepticismo respecto de que las desigualdades vayan a superarse. Así, predomina la percepción de una fatalidad, debida más que a la naturaleza humana, a la naturaleza de una sociedad en que los que tienen poder no lo cederán nunca.

En este marco principalmente escéptico, surgen diversas visiones de salida: el estallido social, sin que se sepa a qué llevaría un cambio; el optimismo a largo plazo, dados los mayores niveles de inteligencia de los niños y las menores desigualdades de género actuales; la visión negativa de que las cosas empeorarán debido al individualismo, la competencia, la pérdida de lazos y de ethos comunitarios; la acción ciudadana, cuyo contenido es siempre confuso. Finalmente, lo que parece predominar es la incertidumbre hacia el futuro.

2. LA IMPORTANCIA DE LA IGUALDAD. ALGUNAS REFLEXIONES

La revisión de los principales resultados reseñados de las dos investigaciones realizadas, permite extraer ciertas conclusiones, desde una perspectiva de políticas sociales.

2.1 El significado de las desigualdades

La desigualdad es vista como un mal de origen social que, en síntesis, distingue entre débiles y poderosos en los campos socioeconómico, educacional y ciudadano; constituye así una sociedad clasista o marcada por la diferencia de clases, las que se definen a partir de estos principios y no del clásico factor de propiedad de medios de producción. La razón principal por la que la desigualdad es valorada negativamente es que destruye la solidaridad, es decir, la comunidad nacional. No se trata sólo de un mal para los individuos afectados, sino para el país. En ese sentido, la causalidad es también estructural: es el país, ya sea en la forma del actual modelo económico que hace prevalecer el individualismo y la competencia, ya sea a través de una historia político-social de dominaciones, exclusiones y marginaciones, ya sea a través de una estructura de clases o de factores culturales como

la intolerancia y un ethos no comunitario, el que genera una estructura desigual de oportunidades que marca a la gente desde que nace y que se hace muy difícil superar.

En este sentido, puede afirmarse que toda política que tenga como objetivo superar desigualdades, debe dar una doble señal: que afecta a los poderosos y que dignifica, considerándolos como sujetos, a los más débiles.

2.2 Los ámbitos de las desigualdades

Llama la atención la coherencia con que se describen los tres campos principales de desigualdades: de ingreso o socioeconómicas, si se incluyen las condiciones de trabajo; educacionales, y ciudadanas. Estos tres tipos de desigualdades están relacionados unos con otros y su importancia relativa varía según se trate de la causa, del efecto en la solidaridad o cohesión de la comunidad, o de la superación de las desigualdades. La importancia de la desigualdad de ingresos es relativamente obvia, sobre todo cuando ella es atribuida al modelo económico y al predominio de los mecanismos de mercado. En cambio, es posible afirmar que la importancia asignada a la educación como factor de desigualdad y como factor para superar las desigualdades (recuérdese que, según la encuesta, es el principal elemento de una política redistributiva), tiene que ver con una interacción interesante entre las demandas de la población y el discurso gubernamental. En efecto, de las demandas sobre educación surgió el principio oficial que, a principios de los noventa, se hizo hegemónico en todos los sectores, en el sentido de que el país debía darle prioridad a la educación. A su vez, este discurso, y también las acciones de reforma educacional, han reforzado la convicción de la importancia de la educación.

Pero es aquí precisamente donde la relación entre las tres desigualdades introduce la corrección a una especie de utopía educacional, que pareciera creer que con el mejoramiento del acceso y de la calidad de la educación se resuelven las otras desigualdades y se supera definitivamente la pobreza. Como hemos visto, hay en esta materia una cierta reserva en la población, que entiende que si no se actúa sobre los otros factores, las desigualdades pueden reproducirse. Por lo demás, esta reserva está apoyada por investigaciones que han mostrado que, por ejemplo en Estado Unidos, la introducción de internet en todas las escuelas significó en un momento una disminución del rendimiento en los sectores más pobres, y un ensanchamiento de la brecha educacional y en los otros ámbitos.

Tan importante como lo anterior es la relevancia que se otorga a las desigualdades ciudadanas (ante la ley y la justicia, la existencia de influencia y 'pitutos', las diferencias entre poderosos y débiles, la afirmación de la inexistencia real de igualdad ante la ley). Ello porque tales desigualdades no vienen principalmente de las consecuencias evidentes ("costo social") de un modelo económico cuyas glorias y miserias han sido objeto del debate público, ni tampoco de un debate con impacto comunicacional como el referido a la educación. Se trata aquí de la vigencia de un principio ético que ha sido el objetivo de una lucha histórica de un país, y que es un símbolo de identidad colectiva y nacional que va mucho más allá de un reclamo individual: la dignidad de todos los que pertenecen a una comunidad nacional, cuyos derechos fundamentales conquistados no admiten diferencias para unos y otros. Es por ello que ésta es la desigualdad que produce mayor rencor.

Es posible, entonces, extraer de la interrelación entre las tres desigualdades mencionadas una sugerencia para las políticas que busquen superar las desigualdades: ellas deberán estar siempre dirigidas a estos tres campos, y deberán fortalecer permanentemente la idea de la igualdad ante la ley y la justicia ajena a la interferencia de influencias y poderes que se derivan de situaciones heredadas y que contradicen esta igualdad.

2.3 Desigualdad estructural e individualismo

Si bien, como hemos dicho, la desigualdad no está inscrita en un orden natural y es más bien una fatalidad social, debida a las estructuras de poder que se reproducen, hay un discurso marginal y alternativo sobre las oportunidades individuales y las posibilidades personales en la superación de la desigualdad y en el mejoramiento de la situación, que cruza permanentemente el discurso dominante sobre la causalidad estructural de la desigualdad.

En este sentido, vale la pena reflexionar sobre una afirmación muy difundida, y contradicha por este estudio, sobre el predominio triunfal de la ideología de mercado en el comportamiento y actitudes de la

gente. Tal afirmación señala que las personas, aunque estén en desigualdad respecto de estratos superiores, en la medida en que tengan posibilidades de incorporarse al sistema a través del mercado y de un consumo que en muchos aspectos aparece como semejante al de estratos superiores, tenderían a no cuestionar la desigualdad. Dicho de otra manera, la ideología de mercado y del consumo homogeneizador harían que la gente viera la cuestión de la desigualdad como simple aprovechamiento o desaprovechamiento individual de las oportunidades ofrecidas por ambos mecanismos.

Lo cierto es que el estudio, tanto en sus aspectos cuantitativos como cualitativos, muestra exactamente lo contrario, aunque deja abierta una cierta ambigüedad.

Por un lado, el mercado exacerba las desigualdades y el consumo, es a la vez un instrumento desigualador y de frustración para los de menores recursos y una presión a veces insoportable para los más favorecidos. La gente no asumió la ideología de mercado, sino que ve en el modelo que lo consagra una de las principales fuentes actuales de la desigualdad; es decir, el modelo de mercado hace patentes las desigualdades y fortalece las orientaciones críticas frente a ellas.

Por otro lado, y aquí radica la ambigüedad, la desestructuración de las relaciones y del tejido social que el mismo modelo económico trae consigo y el debilitamiento de la acción del Estado, dejan a los individuos desprotegidos y con una conciencia de que hay que batírseles por sí solos. Por supuesto que esto es diferente según se sea un ganador, un perdedor o alguien que ni siquiera puede presentarse a la batalla competitiva. En el primer caso, estaremos frente a un individualismo eufórico de mercado que se olvida de los temas de la desigualdad estructural y que apuesta a las oportunidades individuales. En los otros dos casos, se reforzarán las orientaciones críticas frente a la desigualdad, pero también aparecerán el mercado, y las posibilidades y oportunidades individuales, como los únicos mecanismos disponibles: se trata de un individualismo desesperanzado que no deja de cuestionar la desigualdad.

La hipótesis sobre el triunfo de la ideología de mercado puede ser contradicha, entonces, en el sentido de que el modelo de mercado y el ethos individualista que lo acompañan no han suprimido la conciencia de desigualdad, sino que la han reforzado, lo que explica la ambigüedad de un discurso que expresa un individualismo que es considerado no como un valor, sino como una derrota.

2.4 Viejas y nuevas desigualdades, diversidad y tolerancia

Este estudio buscaba explorar también la percepción de nuevas desigualdades no económicas y de demanda frente a ellas. El supuesto era que los procesos de modernización y de transformación estructural y cultural de los últimos años han producido nuevos espacios de relaciones que generan nuevas desigualdades, y que éstas pueden aparecer como prioritarias de resolver en la opinión de la gente. De algún modo, esta posibilidad de percepciones de nuevas desigualdades se relacionaba con el tema de la diversidad cultural, y las relaciones entre ésta y la cuestión de la desigualdad. Dicho de otra manera, se trataba de ver si había a la vez conciencia igualitaria y valoración de la pluralidad y las diferencias.

El estudio muestra que existe conciencia de desigualdades no estrictamente económicas, algunas de las cuales tienen una enorme importancia por sí mismas y también como efecto o causa de las desigualdades económicas; principalmente, como hemos dicho, las ciudadanas o cívicas y educacionales. A ello ya nos referimos.

Existen, sin embargo, otras desigualdades, algunas muy clásicas y tradicionales que provienen del origen social (estatus) o étnico, o incluso de la apariencia, muy ligada a aquéllos. Pero hay otras más nuevas que provienen de las orientaciones culturales, el género, la edad, la procedencia regional, las aptitudes físicas, la pertenencia a grupos. Las más clásicas son percibidas como elementos fundamentales en la conformación de un país clasista, más que intolerante. Las más nuevas son desigualdades emergentes que no alcanzan a tener una gran densidad propia general, sino que son planteadas principalmente por los grupos afectados. En este sentido, no son vistas estas desigualdades como problemas provenientes de la modernización o transformación cultural de la sociedad, sino como costos del modelo económico predominante. Estas desigualdades aparecen como agravantes de las que llamaríamos desigualdades predominantes, económicas, ciudadanas y educacionales, y subordinadas a ellas: se trata de desigualdades no de género o culturales o de procedencia regional en sí mismas, sino de desigualdades de estas dimensiones en materia económica, educacional o ante las leyes y la justicia.

Por ello, las políticas de solución que se demandan tienen como objeto final la superación no de la desigualdad específica, que es vista sólo como consecuencia, sino de alguna de las tres desigualdades predominantes.

Esto lleva a una cierta ambigüedad en la valoración de la diversidad cultural. Si bien, por un lado, se aceptan las diferencias y pareciera apreciarse la pluralidad y diversidad, por otro se ve en tales diferencias la fuente de agravación de las desigualdades y discriminaciones, por lo que la tolerancia, más que un llamado a preservar y desarrollar las diferencias, es un llamado a evitar que éstas se conviertan en causa de desigualdad. Dicho de otra manera, la tolerancia es un valor defensivo de la igualdad social más que un proyecto o estímulo para enriquecer las diferencias y diversidades culturales. Así, el principio de diversidad, en la medida en que es fuente de discriminación, queda subordinado al principio de igualdad.

2.5 La superación de las desigualdades

La superación de las desigualdades aparece marcada por un doble sello. Por un lado, es un imperativo ético irrenunciable, porque las desigualdades destruyen lo mejor que tiene este país, que es ser un país solidario. Por otro lado, existe un gran escepticismo respecto del futuro en cuanto a la capacidad de la sociedad para superarlas.

Este escepticismo viene, a su vez, de dos vertientes. La primera tiene que ver con el Estado. Lo cierto es que en absoluto existe un antiestatismo que se acompañe de una gran confianza en los mecanismos del mercado o la sociedad civil. La gente sigue teniendo una muy sólida conciencia de Estado, o mentalidad estatista si se la quiere llamar así, en cuanto concibe a éste como el principal responsable del desarrollo y la igualdad. Pero siente que el Estado no tiene la capacidad, o los gobiernos la voluntad, para resolver estos problemas. Se considera "indispensable" la redistribución, al menos de los ingresos y de la educación, y se sabe que ella sólo puede hacerla el Estado, pero se le ve preso de influencias de los poderosos, de trabas burocráticas, de incapacidad de gestión en favor de los más necesitados y de carencia de instrumentos para ello.

La segunda vertiente del escepticismo respecto de la superación de las desigualdades proviene del debilitamiento de los actores colectivos, de las organizaciones o movimientos sociales. Es decir, si bien se valora la acción colectiva, no se piensa que a través de ella puedan disminuirse las desigualdades. Y al igual que lo que ocurre con el Estado, no hay que dejar de movilizarse y de trabajar en grupos u organizaciones, porque ello es un valor ético en el mundo individualista del modelo económico. Pero no es mucho lo que se sacará en materia de superar la desigualdad, porque siempre estarán presentes las influencias, 'pitutos' o poderes fácticos para impedirlo.

Y es precisamente esta tensión entre el imperativo ético de la igualdad, la valoración del Estado y los actores sociales como los dos grandes instrumentos clásicos de lucha por ella, pero también el escepticismo respecto de sus capacidades de acción, lo que explica una nueva paradoja y ambigüedad. En efecto, otra afirmación generalizada es que las perspectivas estatista o clasista, es decir, la política del Estado y la acción reivindicativa de clase para obtener soluciones públicas o colectivas a los problemas individuales, estarían siendo reemplazadas por una perspectiva de movilidad social individual para ascender y superarse. Lo cierto es que hay la percepción de la necesidad de estrategias individuales, pero ello no por valoración de los mecanismos de mercado, excepto en quienes han tenido éxito, sino porque ya no se tiene los instrumentos con que se contaba antes y no queda otra esperanza que "rascárselas con sus propias uñas", sin que tampoco haya confianza en que éste sea el camino del éxito. Otra vez estamos en presencia de un individualismo defensivo y desencantado, y no de un "proyecto" individualista alternativo, como proclaman muchos desde diversos puntos del espectro ideológico-político.

2.6 Igualdad y equidad

Nuestro marco conceptual establecía la diferencia entre los conceptos de equidad y de igualdad, como dos vertientes de la idea clásica de justicia social. La equidad apunta a la igualdad de oportunidades individuales para la satisfacción de necesidades básicas o aspiraciones definidas socialmente. Esto exige del Estado un marco de políticas generales que lleven a asegurar un piso a todos, y políticas correctivas del mercado cuando esto no se da. La igualdad, por su parte, apunta a la menor distancia

aceptable entre categorías sociales respecto del poder y la riqueza, supone un piso y un techo y una acción redistributiva, y no sólo correctiva, del mercado por parte del Estado.

El estudio muestra la existencia de estas dos dimensiones en las percepciones de la gente. Ello puede comprobarse en el enorme consenso que existe, por un lado, en que toda persona, por el solo hecho de nacer en el país, debe tener acceso a un mínimo de subsistencia digno (principio de equidad); y, por otro, en que la característica que mejor define a Chile hoy es su carácter clasista, que la desigualdad es antisolidaria o que es un problema para toda la sociedad (principio de igualdad).

Lo que queremos decir es que los chilenos distinguen entre ambos principios y consideran a ambos como imprescindibles. El primero, porque su ausencia afecta y destruye a las personas. El segundo, porque su ausencia afecta y destruye al país como comunidad. De modo que no parece adecuado sustituir un principio por otro, como lo ha venido haciendo un cierto discurso que enfatiza sólo ya sea el acceso de todos a las oportunidades, ya sea la reducción de la pobreza, pero no se preocupa de la distancia entre ricos y pobres o entre débiles y poderosos. Esto se ha expresado en las afirmaciones, desde cierta derecha, respecto a que “la pobreza no puede esperar, pero la igualdad sí”, y también desde una visión también de derecha, pero inserta en la Concertación, relativa a que “la igualdad es un lujo que no nos podemos dar mientras no haya tasas de crecimiento del 7 por ciento”.

Por el contrario, la doble percepción y valoración de la equidad e igualdad como cosas distintas, lleva a sugerir que toda política de equidad tenga un componente simbólico y efectivo de tipo redistributivo. Y esta prioridad de las políticas redistributivas debe abarcar las igualdades económicas o de ingresos, las educacionales y las ciudadanas que se expresan en la capacidad de acción frente a los poderes estatales y societales.

CONCLUSIÓN: LA IGUALDAD, OBJETIVO DE LA POLÍTICA SOCIAL

El estudio muestra la valoración que los chilenos hacen de la igualdad como requisito de un país que se precie de tal, y al mismo tiempo el escepticismo que tienen al respecto.

¿Cómo pueden traducirse en políticas públicas esta valoración y demanda de igualdad?

Si la finalidad de la política económica es dirigir la economía hacia la satisfacción de las necesidades materiales de los individuos, a nuestro juicio la política social tiene por finalidad la producción de las condiciones que aseguren la existencia de la sociedad como tal. Ello significa un cierto nivel de igualdad entre sus miembros, una calidad de vida definida de acuerdo a la diversidad cultural de quienes la forman, y la existencia y desarrollo de actores y redes sociales que le den sustento a la ciudadanía.

De modo que la igualdad aparece como uno de los objetivos de una política social que no sea un listado de medidas heterogéneas sin algún hilo conductor, tal como la producción de bienes y servicios y el crecimiento económico son objetivos de la política económica. Y ello significa que la política social no puede reducirse a la disminución o eliminación de la pobreza, por importante que ello sea, y debe abarcar necesariamente la dimensión redistributiva. Si la pobreza o la inequidad hacen miserable la vida de las personas afectadas, la desigualdad hace estallar la idea de una comunidad o un país.

Hacer de la igualdad un objetivo implica, entre otras cosas, relevar la importancia de las tres igualdades básicas: económica, educacional y ciudadana o cívica; dar una señal de que se afecta a los poderosos y se dignifica a los más débiles, es decir, que hay redistribución de poderes, riquezas y capacidad de acción; recuperar la visión de un Estado protector, eficiente y transparente que muestra la voluntad de priorizar la igualdad como meta de sus políticas y estimula la movilización solidaria de la gente; incorporar en los diagnósticos socioeconómicos indicadores de igualdad, y en las políticas gubernamentales metas definidas y mensurables de igualdad como las que existen para la política económica en términos de inflación o crecimiento.

En síntesis, reponer el tema de la igualdad como lo hiciera la campaña de Ricardo Lagos en la primera vuelta de las elecciones presidenciales pasadas, aparece como una necesidad indispensable para devolver a la gente el sentido de país o comunidad. Si queremos un país que no sea una masa fragmentada o una suma de individuos compitiendo en el mercado, la igualdad no puede esperar.